



ASCENSO

Y

CAÍDA

DE

ADÁN

Y

EVA

Por el autor  
de *El giro*  
Premio Pulitzer 2012

CRÍTICA

STEPHEN GREENBLATT

ASCENSO Y CAÍDA  
DE ADÁN Y EVA

Traducción castellana de  
Juan Rabasseda

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: abril de 2018

*Ascenso y caída de Adán y Eva*  
Stephen Greenblatt

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Rise and Fall of Adam and Eve*

Copyright © 2017 by Stephen Greenblatt  
Publicado bajo acuerdo con el autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC,  
Armonk, New York, USA

© de la traducción, Juan Rabasseda, 2018

© Editorial Planeta S. A., 2018  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-17067-85-4  
Depósito legal: B. 6014 - 2018  
2018. Impreso y encuadernado en España por Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

## Capítulo 1

### HUESOS PELADOS

¿Por qué la historia de Adán y Eva, que solo ocupa una página y media más o menos de las 1.078 de la edición moderna de la Biblia del rey Jacobo que tengo encima de mi escritorio,\* funciona tan estupendamente y con tanta facilidad? La escuchamos por primera vez cuando tenemos unos cinco o seis años y ya no la olvidamos nunca. La viñeta más tosca y esquemática la evoca sin más, quizá no en todos sus detalles, pero sí en sus rasgos esenciales más básicos. Hay algo en la estructura de esta narración que se le queda pegado a uno; literalmente es casi inolvidable.

Durante los largos siglos transcurridos desde que se contó por primera vez, acumuló un sistema de apoyos enorme: los maestros la repitieron incansablemente; las instituciones premiaron a los crédulos y castigaron a los escépticos; los intelectuales desentrañaron sus matices y ofrecieron interpretaciones contrapuestas de sus enigmas; y los artistas la representaron vívidamente. Pero de alguna forma la narración parece independiente de todas esas complejas elaboraciones, o más bien da la impresión de que todo lo que ha venido detrás de ella se ha basado en una energía original inagotable, como si su núcleo fuera radiactivo. Adán y Eva personifican la rarísima, perenne fuerza de la narrativa humana.

Por motivos que resultan a un tiempo fascinantes y esquivos, esos po-

\* La Biblia del rey Jacobo (en inglés *King James Version*, abreviada a menudo con las siglas *KJV*) fue publicada por vez primera en 1611; se trata de una traducción al inglés de la Biblia llevada a cabo durante el reinado de Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra que ha tenido un enorme impacto sobre las posteriores traducciones al inglés del texto bíblico, y sobre la literatura inglesa en general. Más o menos el mismo espacio ocupa en la traducción española del Antiguo Testamento que contiene la Sagrada Biblia de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), pp. 29-33. (*N. del t.*)

cos versículos de un libro antiguo han servido como espejo en el que nos parece atisbar la larga historia de nuestros temores y deseos en su totalidad. Un espejo a la vez liberador y destructivo, un himno a la responsabilidad del hombre y una fábula oscura acerca de la miseria humana, un canto a la osadía y una incitación a la violencia misógina. La variedad de las respuestas que a lo largo de millares de años ha suscitado en innumerales individuos y comunidades resulta asombrosa.

Los antiguos rabinos se miraban en ese espejo e intentaban comprender las intenciones de Dios: ¿qué tenían los humanos que llevara al Creador del universo a preocuparse por ellos? En definitiva, ¿por qué fueron creados? Escudriñando las palabras del texto sagrado, llegaron a la conclusión de que la obligación original de «labrar la tierra» no se refería a las labores agrícolas; se refería más bien al estudio, y concretamente al estudio de la Torá, al que ellos mismos dedicaban sus días y que consideraban el objetivo más excelso de su vida.<sup>1</sup>

Los cristianos primitivos se fijaron mayoritariamente no ya en los primigenios hábitos de estudio de Adán, sino más bien en la tremenda pérdida del Edén que provocó su desobediencia. La reflexión que suscitó en ellos el meollo de aquel relato fue la idea del pecado y sus consecuencias. Siguieron los pasos de Pablo, que remontaba el hecho angustioso, universal e inevitable de la muerte a los actos de los primeros humanos, atraídos hacia el mal por Satanás. Pero encontraron consuelo en su creencia de que un nuevo Adán —Jesucristo—, a través de sus sufrimientos, de su Pasión y muerte, había reparado el daño causado por el antiguo Adán. Esperaban fervorosamente que el sacrificio sublime del Mesías permitiera a los creyentes recuperar la inocencia perdida y volver a entrar en el Paraíso.

Los *mufassirun* islámicos (esto es los exégetas del Corán) hicieron hincapié menos en el pecado de Adán, que en su papel como profeta original de Dios. El Corán, que data del siglo VII e. v.,\* se parece a los textos del cristianismo primitivo en su identificación de Satanás (o Iblís) con el ángel soberbio y engañoso que sedujo a los primeros humanos y los incitó a la desobediencia. Los comentaristas posteriores precisaron que la forma que el maléfico tentador adoptó no fue la de la serpiente, sino la de un camello particularmente hermoso: «Tenía una cola multicolor, amarilla, verde, blanca, negra, una melena hecha de perlas, pelo de topacio, ojos como los planetas Venus y Júpiter, y exhalaba un aroma como de almiz-

\* Del latín *eva vulgaris*: «era común»; abreviatura alternativa al uso de «antes de Cristo» y «después de Cristo» empleada para evitar el matiz religioso. (*N. del ed.*)

cle mezclado con ámbar».<sup>2</sup> A consecuencia de su inconstancia, Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso y sus descendientes deben estar siempre atentos: «¡Oh hijos de Adán! ¡Que no os seduzca Satanás como hizo con vuestros (primeros) padres y los llevó a salir del Jardín!». Pero la tradición islámica presentaba la fechoría que provocó aquella expulsión como un error y no como un pecado horrible transmitido a toda la posteridad. Después de su expulsión, Adán asumió el papel de cuidador de la tierra y de maestro religioso. Era un personaje de iluminación profética, el primero del linaje que conducía hasta el supremo Profeta, Mahoma, que guiaría de nuevo a la humanidad hasta la luz de Alá.

Durante toda la Antigüedad Tardía, la Edad Media y el Renacimiento, una amplia gama de especialistas intentó desentrañar las implicaciones del destino de Adán y Eva. Enterrados en el relato, encontraron toda suerte de afanes por sumergirse en un estudio incesante; toda clase de matices del mal que sentían en sus propios corazones; toda clase de impulsos penitenciales de mortificar su carne y aplastar su orgullo rebelde; toda clase de ansias de inspiración profética; toda clase de sueños de limpieza perfecta al final de los tiempos y de regreso a la dicha oceánica. Los ascetas, meditando en torno a las tentaciones de la carne, estudiaron los versículos bíblicos buscando indicios de formas alternativas en las que se hubiera pretendido que pudieran reproducirse los primeros humanos. Los médicos sopesaron los posibles beneficios para la salud de una dieta vegetariana como aquella de la que gozó nuestra especie en el Jardín del Edén. Los lingüistas intentaron determinar la lengua en la que hablaban Adán y Eva y detectar las huellas de la misma que hubieran podido quedar. Los estudiosos de las ciencias de la naturaleza reflexionaron acerca de la significación ecológica de un mundo perdido en el que las relaciones entre los humanos y los demás animales fueran totalmente distintas de las nuestras y en el que el medio ambiente permaneciera firme en su amable abundancia. Entre los judíos y los musulmanes, los expertos en la ley religiosa exploraron las implicaciones doctrinales y legales del relato. En las tres comunidades monoteístas, los filósofos debatieron sus significados éticos. Y en el mundo cristiano, los artistas plásticos aceptaron de mil amores la invitación a representar el cuerpo humano en toda su gloria y en toda su vergüenza.

Por encima de todo, las personas corrientes —las personas que habían oído contar la historia desde el púlpito o la habían visto representada en las paredes o se la habían oído contar a sus padres o amigos— volvían una y otra vez a ella en busca de respuestas a las preguntas que las desconcertaban. Servía para explicar o, cuando menos, para remitir a Adán y Eva lo



que resultaba más inquietante en las relaciones sexuales, en la tensión conyugal, en la experiencia del dolor físico y del trabajo agotador, en la desolación de la pérdida y del luto. Miraban a nuestros primeros padres y, lo mismo que los rabinos, los curas y los exégetas musulmanes, captaban algo que resultaba de una importancia trascendental para ellos.

La historia de Adán y Eva nos habla a todos nosotros. Habla de quiénes somos, de dónde venimos, por qué amamos y por qué sufrimos. La vastedad de su alcance parece formar parte de su propósito. Aunque representa una de las piedras angulares de tres de las grandes religiones del mundo, es anterior, o pretende ser anterior, a cualquier religión en concreto. Recoge la extraña forma en que nuestra especie trata el trabajo, el sexo y la muerte —rasgos de la existencia que compartimos con todos los demás animales— como objetos de especulación, como si dependieran de algo que hubiéramos hecho, como si todo hubiera podido ser distinto.

Los humanos, sigue diciendo el relato, fuimos hechos de forma absolutamente singular a imagen y semejanza del Dios que nos creó. Ese Dios nos concedió el dominio sobre todas las demás especies, pero también nos dio algo más: una prohibición. Esa prohibición vino sin explicaciones ni justificación alguna, pero en el principio de los tiempos no era necesario que nuestros primeros progenitores entendieran nada; solo era necesario que obedecieran. El hecho de que Adán y Eva no obedecieran, el hecho de que violaran el mandato expreso de Dios, provocó todo lo que vino después en la vida de nuestra especie, desde el fenómeno universal de la vergüenza hasta el hecho universal de la mortalidad.

La insistencia en la verdad literal de la historia —en un Adán y una Eva reales viviendo en un Jardín del Edén real— se convirtió en una de las claves de la ortodoxia cristiana. Esa insistencia se sitúa en el centro de mi propia fascinación por la historia de Adán y Eva. ¿Cómo una cosa inventada se convirtió en algo tan irresistiblemente real? ¿Cómo una estatua de piedra empieza a respirar o un muñeco de madera aprende a ponerse en pie él solo y a bailar sin hilos? ¿Y qué sucede cuando unas criaturas de ficción se comportan como si estuvieran vivas? ¿Están destinadas, por ese mismo motivo, a empezar a morir?

Durante generaciones hombres y mujeres piadosos se afanaron por dar validez a una tesis teológica, por intentar tratar el mito del hombre y la mujer desnudos y la serpiente parlante como un relato estrictamente fiel de los acontecimientos que iniciaron la vida tal como la conocemos. Filósofos, teólogos, curas, monjes y visionarios, así como poetas y artistas plásticos, todos contribuyeron a este enorme esfuerzo colectivo. Pero fue

solo durante el Renacimiento —la época de Durerro, de Miguel Ángel y de Milton— cuando las brillantes nuevas tecnologías de la representación finalmente lograron conferir un sentido convincente de realidad a los primeros seres humanos y dar vida a su historia.

Resultó que ese logro asombroso, uno de los grandes triunfos del arte y de la literatura, tuvo unas consecuencias imprevistas. Adán y Eva fueron unidos a las estatuas paganas sorprendentemente fieles al natural que los buscadores de obras de arte desenterraban de las ruinas de Grecia y Roma. Fueron examinados y juzgados según criterios morales que se aplicaban no solo al pasado remoto, sino también a los individuos contemporáneos. Eran comparados con las huestes de hombres y mujeres desnudos que acababan de ser descubiertos en las Américas, con unos individuos que parecían extrañamente inmunes a la vergüenza corporal que todos los seres humanos se suponía que sentían a raíz de la Caída. Precisamente porque en aquellos momentos parecían tan reales, Adán y Eva planteaban complejas cuestiones acerca de la adquisición del lenguaje en el principio de los tiempos, acerca de las relaciones sexuales, acerca de la raza, acerca de la mortalidad.

Ese sentido de realidad replanteó de manera intensificada dolorosas cuestiones que siempre habían rodeado a la antigua historia de los orígenes: ¿qué clase de Dios habría prohibido a sus criaturas conocer la diferencia entre el bien y el mal? ¿Cómo habría sido posible que esas criaturas obedecieran sin disponer de dicho conocimiento? ¿Y qué podía significar la amenaza de la muerte para aquellos que no habían experimentado nunca la muerte y no podían saber lo que era? Las autoridades de la Iglesia y el Estado reaccionaron con dureza ante los escépticos que insistían en plantear estas cuestiones, pero resultó imposible sofocar un disturbio cuya raíz estaba precisamente en haber conseguido hacer que los primeros humanos del mito parecieran tan reales. Con la Ilustración, las dudas se multiplicaron y ya no pudieron ser silenciadas. Lo que estaba por venir era el escepticismo clarividente de Spinoza, la mirada penetrante de Charles Darwin, y la risa burlona de Mark Twain.

Las colecciones de historia natural reunidas a lo largo y ancho del mundo se enorgullecen de poseer unos objetos llamados holotipos.<sup>3</sup> También conocidos como especímenes tipo, son los ejemplares físicos concretos, oficialmente reconocidos, de toda una especie. *Esta* criatura que tienen ante ustedes en una vitrina del Museo de Zoología Vertebrada de la Universi-



dad de California, Berkeley, es, para la totalidad del mundo científico, el representante designado de la salamandra de piel rugosa (*Triturus similans Twitty*); ese cráneo del Centre National d'Appui à la Recherche de N'djamena, Chad, es el espécimen tipo único del primate extinto *Saehanthropus tchadensis*. La labor de identificar y coleccionar estos ejemplares empezó ya en el siglo XVIII. El espécimen tipo de lobo gris, el *Canis lupus*, descrito en 1758 por el gran zoólogo y botánico sueco Carlos Linneo, se encuentra en el Museo Sueco de Historia Natural de Estocolmo, junto con una gran cantidad de otros holotipos que él y sus fieles discípulos fueron los primeros en identificar. (Como Linneo basaba su descripción en el examen personal, el espécimen tipo de nuestra propia especie, el *Homo sapiens*, no es ni más ni menos que el propio Linneo.) El Herbario Nacional de los Estados Unidos de Washington alberga unos 110.000 holotipos de plantas. El Museo de Zoología Vertebrada de Berkeley posee holotipos de 364 mamíferos, 174 aves y 123 reptiles y anfibios. En las «colecciones de especímenes conservados en formol» (*Nass-Sammlungen*) del Museo de Historia Natural de Berlín se exponen innumerables frascos llenos de animales marinos flotando en alcohol. Algunos de esos frascos están marcados con puntos rojos, que indican que contienen holotipos.

Cada holotipo ha sido designado como tal por la persona que ha descubierto una nueva especie, le ha dado nombre y la ha descrito, según ciertos criterios formales, en un artículo científico. Al conseguir publicar ese artículo y depositar dicho espécimen en una colección adecuada, se dice que su descubridor es el «autor» de la especie. De ese modo el holotipo se convierte en el espécimen oficial, reconocido por toda la comunidad científica; cada holotipo es la piedra de toque específica, concreta, de la que pueden derivarse los rasgos fundamentales de toda una especie. Hasta la fecha han sido identificadas casi dos millones de especies. Y se calcula que en la tierra existen cerca de nueve millones de ellas.

La historia del Génesis imagina que Dios puso a todas las bestias del campo y a todas las aves del cielo, una tras otra, ante Adán para que les pusiera nombre, más o menos del mismo modo que los científicos asignan nombres a sus holotipos. El texto no especifica la lengua que utilizó Adán ni cuánto tiempo duró este proceso ni cuándo tuvo lugar. Los comentarios bíblicos postulaban tradicionalmente que todo aconteció el mismo día en que fue creado el hombre, pues fue solo después de esta hazaña nomenclatural cuando Dios creó a la mujer.<sup>4</sup> (En su mayor parte los comentaristas eran reacios a creer que Adán viviera mucho tiempo solo, sin compañera.) Algunos comentaristas se preguntaban si los insectos más dañinos

no habrían surgido tal vez y habrían recibido su nombre *después de* los seis días de la Creación, como consecuencia del pecado del hombre y no como una parte más del plan original de Dios. A otros les preocupaban un poco los peces, pues la Biblia solo menciona a las criaturas que pisan el suelo y vuelan en el cielo. «¿Por qué no fueron llevados ante Adán los peces?», se preguntaba en 1622 el clérigo inglés y científico aficionado Alexander Ross, para a continuación responder a su propia pregunta: «Porque no se parecen tanto al hombre como los animales; en segundo lugar, porque no podrían ser tan útiles al hombre como los animales, y en tercer lugar, porque no pueden vivir fuera del agua».<sup>5</sup>

Hay más especies en el cielo y en la tierra que las soñadas en la Biblia. Pero independientemente de quién creara el relato hace miles de años, se dio cuenta, como se ha dado cuenta la ciencia moderna, de que solo podemos entender la totalidad de una especie a través de un único representante singular. El ser humano del primer capítulo del Génesis es, efectivamente, el holotipo de la humanidad. Dios fue el autor de esa criatura y la introdujo cuidadosamente en la tierra —desnuda, por supuesto— como espécimen tipo. Cuando contemplamos a Adán, contemplamos una figura individual, concreta, y a la totalidad de la humanidad.

En Adán, afirmaba el relato bíblico, encontramos no solo al representante, sino también al primerísimo ejemplar de la especie, al progenitor de todos los que lo han seguido. También encuentran su equivalente las colecciones científicas modernas, en este caso no ya holotipos, sino más bien fósiles de los que se dice que fueron nuestros progenitores. El más famoso de ellos es un ser al que llamaron Lucy, un ejemplar hembra de *Australopithecus afarensis* que vivió hace alrededor de 3,2 millones de años y cuyos huesos —varios centenares de fragmentos— fueron encontrados en Etiopía por el antropólogo americano Donald Johanson en 1974. El nombre que Johanson y su equipo pusieron al esqueleto era una referencia jocosamente a la canción de los Beatles *Lucy in the Sky with Diamonds*, que ponían una y otra vez en la grabadora que tenían en su remoto campamento.

La magia de un nombre en concreto ha conferido su especial atractivo a este lejanísimo antepasado indirecto, conservado en la actualidad en el Museo Nacional de Etiopía de Addis Abeba. Lucy medía unos 113 cm y tenía un pequeño cerebro, como el de un chimpancé, muy lejos de los humanos actuales, que no aparecieron en África hasta más de 3 millones de años después de que la especie de Lucy habitara la tierra. Pero, de manera trascendental, Lucy no se columpiaba en los árboles. Por el contrario, caminaba sobre dos patas. Nadie afirma que Lucy fuera el antepasado direc-

to de toda la humanidad, pero hay pruebas muy contundentes de que nuestra especie, el *Homo sapiens*, tiene una significativa relación con ella. Los homínidos, la tribu taxonómica que incluye a los humanos actuales y a nuestros parientes extinguidos más cercanos, evolucionaron a partir de esos mamíferos primates bípedos.

Las implicaciones de este proceso evolutivo son enormes, y han sido puestas vehementemente en entredicho. Otrora dio la impresión de que era posible contar una historia muy sencilla: nosotros, el *Homo sapiens*, estamos al final de una rama muy larga del gran árbol de la vida. Examinando nuestros sucesivos antepasados extinguidos, podemos seguir lentamente la pista de esa rama y remontarnos hasta el tronco, rastreando las fases por las que pasamos hasta llegar a nuestro estado actual (y por supuesto espléndido). En la actualidad, a medida que se descubren más y más fósiles —*Paranthropus boisei*, *Homo habilis*, *Homo rudolfensis*, *Homo ergaster*, *Homo erectus*, *Homo heidelbergensis*, *Homo neanderthalensis*, *Homo naledi*, etc.—, la historia general de la especie se vuelve cada vez menos sencilla. Nuestra progenie, como dijo recientemente un especialista en biología evolutiva, se parece menos a la rama de un árbol que a «un montón de ramificaciones; cabría pensar incluso que se parece a un arbusto enmarañado».<sup>6</sup>

En una sala del quinto piso del Museo Peabody de Arqueología y Etnología de Harvard, David Pilbeam, renombrado paleoantropólogo (esto es, un estudioso de las líneas de parentesco que unen nuestra especie con nuestros parientes cercanos), tuvo la amabilidad de mostrarme algunas de esas «ramificaciones». Antes de que yo llegara, colocó una serie de huesos (o modelos de huesos de escayola o de plástico), algunos de ellos en cajas de cartón, sobre unas cuantas mesas de formica, y otros unidos formando esqueletos y colocados sobre pequeñas plataformas provistas de ruedas. Todos los huesos representaban un salto atrás hacia el pasado, medido en millones de años antes del presente.

Había allí una réplica de Lucy, en una caja de cartón envuelta en celofán, que recordaba el paquete de una floristería enviado con motivo de alguna ocasión solemne (un funeral, supongo). A decir verdad, no hay mucho que ver de ella: fragmentos de cráneo y parte de la mandíbula inferior, unas cuantas costillas, el hueso sacro y parte de la pelvis, así como fragmentos de las extremidades superiores e inferiores. Junto a ella, en una plataforma rodante, había sido reconstruido un modelo más completo de australopiteco. A su lado estaba el esqueleto de un chimpancé, y Pilbeam me indicó las sutiles diferencias existentes entre la estructura de

este y la de Lucy. Muy sutiles desde luego: sin su erudita guía, a mí se me habrían escapado casi todas ellas y no habría sabido ver que uno es un mono y la otra mi antepasada.

El fósil más antiguo de la sala era el del *Sahelanthropus* del Chad. A mí me pareció el cráneo de un mono pequeño, pero, como si fuera un detective, Pilbeam observó los indicios reveladores de que probablemente caminara erguido sobre dos patas. De ser así, habría dominado esta hazaña en fecha muy temprana; el fósil ha sido datado alrededor de siete millones de años antes de nuestros días, esto es, no mucho antes de que el Último Antepasado Común se dividiera, y una línea de él condujera a los chimpancés y otra condujera hasta nosotros.

Mientras miraba a mi alrededor e iba dando saltos de millones de años, experimenté algo parecido al mareo que ha llevado a los científicos a poner en entredicho la metáfora de la evolución humana como un desarrollo constante y progresivo a lo largo de una rama claramente definida. En un extremo, aparte de los indicios más pequeños, nuestro precursor, el *Sahelanthropus*, parecía pertenecer a un universo distinto del nuestro. En el otro, estaba el esqueleto completo del *Neanderthal*, con huesos gruesos como los de un gorila, pero con un cráneo de un tamaño muy parecido al nuestro.<sup>7</sup>

Con una sutileza y un ingenio aún mayores, los paleoantropólogos miden, examinan, e interpretan los restos de esqueleto: una pelvis y una espina dorsal que permiten a una especie caminar erguida, unos omóplatos que nos ayudan a lanzar proyectiles de efectos letales, la configuración de los dientes, o el tamaño cada vez mayor de la caja craneal. Pero lo que otrora pareció una marcha triunfal del progreso —como una de esas viñetas que comienzan con un mono y terminan con un hombre sentado ante un ordenador— se pierde ahora en cien desvíos y falsos principios, sendas que se cruzan y callejones sin salida. Resulta difícil encontrar la línea argumental en un arbusto enmarañado.

La teoría evolutiva no se halla amenazada por la desaparición de la gran vía principal. Por el contrario, desde el primer momento Darwin insistió en el carácter fortuito de las mutaciones, seguidas por el montaje de la selección natural, que dieron lugar a la aparición de nuevas especies. Aun así, resulta inquietante mirar a nuestro alrededor y ver una maraña de sendas discontinuas que se entrecruzan. David Pilbeam publicó hace algún tiempo un libro titulado *The Ascent of Man* («La ascensión del hombre»). No está muy claro que volviera a publicarlo hoy día.

No obstante, la mayoría de nosotros, incluidos los exponentes de la

biología evolutiva, siguen buscando y construyendo historias acerca de nuestra ascensión. Pues, como dijo la Biblia hace mucho tiempo, somos la especie dominante: «Y los bendijo Dios, diciéndoles: “Creced y multiplícaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra”» (Gen. 1:28). Nuestro dominio va a todas luces unido a nuestra inteligencia, a nuestra fantástica capacidad de fabricar herramientas, a nuestra compleja vida social y cultural, y sobre todo a nuestro lenguaje y a nuestra conciencia simbólica. Pero no se sabe en absoluto cómo evolucionamos a partir de unos antepasados que no eran capaces de hablar, de crear símbolos o de elaborar conceptos abstractos. Todavía no tenemos un relato científico plenamente coherente y satisfactorio.

En el relato de la creación del ser humano el sexto día —«E hizo Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo hizo, y los hizo macho y hembra» (Gen. 1:27)—, el Génesis ofrecía el equivalente de los huesos pelados a partir de los cuales los científicos extraen sus imágenes de nuestros precursores más antiguos. Y proporcionaba (como no han sido capaces de proporcionar los científicos) un punto de partida definitivo. Pero a partir de las palabras de la Biblia resultaba imposible determinar de forma concluyente cómo habría sido el ser humano original. Y no es que faltaran intentos, basados en el examen más minucioso del texto. En el siglo II e. v., Rabí Jeremías ben Eleazar concluía a partir de la frase «y los hizo macho y hembra» que el Adán original era hermafrodita. El rabino del siglo III Samuel ben Nahman interpretaba que esa descripción significaba que «cuando el Señor creó a Adán lo creó con doble cara; luego lo dividió y lo hizo con doble dorso, un dorso a un lado y otro a otro». <sup>8</sup> Otro rabino sostenía que Adán llenaba originalmente el mundo entero, y se extendía de este a oeste; otro pensaba que su altura iba desde la tierra hasta el cielo; otro que era capaz de ver todas las cosas del universo; otro, que tenía poderes proféticos; otro, que el Señor dio a Adán al principio una cola, «pero posteriormente se la quitó en aras de su dignidad». Adán era «tan apuesto que la propia planta de sus pies oscurecía el esplendor del sol». Fue él quien inventó todas las lenguas y todas las artes, incluidas la escritura y la geografía. Poseía una especie de piel protectora, un caparazón, que se le cayó cuando cometió la transgresión.

Y luego, en el capítulo segundo del Génesis, el ser que suscitaba todas esas especulaciones desaparece. Ya no hay solo huesos pelados ni un holotipo pinchado en un cartón con una chincheta. Por el contrario, hay dos personajes humanos primordiales distintos —el hombre formado del pol-

vo de la tierra y la mujer formada a partir de la costilla del hombre—, y estos dos seres participan en la historia. Para comprender la verdadera naturaleza de nuestra especie, insiste el Génesis, lo que se necesita no es ya examinar un espécimen tipo, sino más bien contemplar a los primeros humanos en acción. Debemos observar su relación, analizar sus decisiones, seguir sus respectivas trayectorias y sopesar su historia. Pues no es la naturaleza biológica de los humanos lo que determinó su historia, sino que fue su historia —las decisiones que tomaron y las consecuencias de esas decisiones— la que determinó su naturaleza.

El relato bíblico sugiere que a la especie le sucedió algo poco después de ser creada por su autor, Dios. La humanidad no habría tenido que ser como es ahora; todo habría podido ser distinto. La imagen del hombre y de la mujer en el jardín perfecto sugiere una tensión entre las cosas tal como son y las cosas tal como habrían podido ser. Expresa un deseo de ser distintos de como hemos llegado a ser.

En el centro del relato del Génesis sobre los orígenes está la decisión humana de arrancar, comer y compartir el fruto prohibido. La capacidad que tiene la narración de describir esa decisión y sus consecuencias es crucial. Una buena historia puede omitir detalles, pasar por alto las motivaciones, eludir el análisis, y a pesar de todo seguir siendo plenamente fascinante. La historia de Adán y Eva no utiliza palabras como «pecado» o «caída», ni «Satanás» o «manzana». La variedad de significados posibles queda abierta de par en par: algunas interpretaciones que se nos han conservado desde hace casi dos mil años consideran a la serpiente la protagonista del relato, por defender la adquisición del conocimiento negada a los humanos por un dios celoso. Lo que prevalece aquí, como en casi todos los relatos orales, es la acción: «Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar la sabiduría, y cogió de él el fruto, y comió, y dio de él a su marido, que también con ella comió».

Debe haber una historia que contar: esa es la intuición básica no solo del Génesis, sino también prácticamente de todos los mitos antiguos de los orígenes, ya sean de Mesopotamia, Egipto, Grecia, Roma, Siberia, China, las Grandes Llanuras o Zimbabue. Algo sucedió al comienzo de los tiempos —alguna historia de decisión, acción y reacción— que desembocó en nuestra manera de ser, y si queremos comprender nuestra manera de ser, es importante recordar y volver a contar esa historia.



Sabemos, o creemos que sabemos, que los chimpancés, con los que estamos tan estrechamente emparentados, no especulan acerca del origen de la desobediencia de los chimpancés; que los orangutanes, aunque son enormemente inteligentes, no se rompen los cuernos reflexionando sobre por qué los orangutanes están condenados a morir; y que los bonobos, siempre tan juguetones, no se cuentan, cuando están acicalándose unos a otros, una historia acerca de cómo se aparearon el primer bonobo macho y la primera bonobo hembra. Tenemos sobrados motivos para mirar con admiración reverencial la complejidad social de las hormigas, las abejas o las avispas; nos maravillamos ante las avanzadas capacidades de comprensión lingüística de los delfines de nariz de botella; hemos desarrollado virtualmente todo un culto alrededor de los cantos de las ballenas. Pero ninguno de estos animales ha inventado, pensamos nosotros, un mito de los orígenes.

Parece que los humanos son los únicos animales de la tierra que se preguntan cómo surgieron y por qué son como son. Podríamos presentar esta singularidad como todo un logro, como una marca de distinción, como acaso sea. Pero sería también bastante fácil, por el contrario, adoptarla como un signo de que estamos perdidos, desorientados, de que no nos sentimos cómodos en nuestra piel, de que necesitamos una explicación. Quizá el hecho de contar un mito de los orígenes sea un síntoma de desasosiego: intentamos calmarnos contándonos un cuento. O quizá nuestra especie, en cierto modo se adelantó a sí misma, tras dar de forma accidental un giro evolutivo que nos condujo por una senda que no podemos entender del todo y que da lugar a nuestra inteligencia especulativa, narrativa.

No sabemos cuándo la capacidad narrativa se convirtió en uno de los logros característicos de nuestra especie, pero la utilidad adaptativa de los relatos como forma de transmitir el conocimiento, así como de procurar placer, sugiere que surgió muy pronto, mucho antes de la invención de la escritura. Parece que cinco mil años —el tiempo aproximadamente que hace que existen testimonios escritos de la humanidad— es un tiempo larguísimo, dada la duración de cualquier vida humana, pero en realidad no es casi nada, es un mero balbuceo en la larga historia de los relatos que se han inventado los humanos y que se cuentan unos a otros. ¿Estarían las narraciones especulativas de los orígenes del hombre entre los primeros de esos relatos? Resulta sorprendente que un niño pequeño, que no haya sido incitado por un adulto, pregunte: «¿De dónde vengo?». La pregunta parece surgir espontáneamente en nosotros, y las respuestas a dicha pre-

gunta han obsesionado a sacerdotes, artistas, filósofos y científicos casi desde hace tanto tiempo como podemos recordar.

Hace solo bastante poco tiempo que los estudiosos —los hermanos alemanes Jacob y Wilhelm Grimm, a finales del siglo XVIII, constituyen el ejemplo más famoso— empezaron a compilar sistemáticamente relatos orales y a analizar sus formas y sus temas. Esos cuentos habían pasado de generación en generación, remontándose mucho más allá de lo que pudiera recordar cualquier memoria viva. Algunos tenían un carácter obstinadamente local, confinándose a una familia, una estirpe o una comunidad en particular. Resultó que prácticamente todas las culturas —desde las de Mongolia hasta las de Oklahoma y por supuesto todas las situadas entre un territorio y otro— tenían al menos un mito de los orígenes y a menudo más de uno. En concreto, la versión contenida en el Génesis —la historia del hombre y la mujer desnudos, de la serpiente parlante y de los árboles mágicos— tiene todos los indicios de ser uno de esos cuentos populares de carácter oral, que se remonta mucho más allá del momento en que apareció en forma escrita en el libro del Génesis, evolucionando a lo largo de un pasado remoto, un pasado al que nosotros no tenemos casi acceso.

Cuando intento imaginarme el comienzo de la historia, evoco tres escenas de mi vida. La primera y más reciente es un jardín de Kashan, a unos 250 km al sur de Teherán. Había sido invitado yo a Irán para intervenir en un congreso sobre Shakespeare, y aproveché la ocasión para viajar un poco por el interior del país. Kashan es una ciudad célebre por sus alfombras: cuando era pequeño, teníamos una alfombra de Kashan en el comedor de casa, y solía yo gatear por debajo de la mesa jugando sobre un campo de flores inextricablemente entrelazadas en el tejido del tapiz. Pero mi objetivo no era el bazar de la localidad, siempre atestado de gente. Lo que quería era ver un famoso jardín de finales del siglo XVI, el Bagh-e Fin.

Resultó que el jardín en cuestión era un espacio cuadrado, relativamente pequeño y polvoriento, con cedros antiquísimos alineados en hileras a lo largo de senderos muy rectos, y rodeado de un muro de ladrillo con cuatro torres circulares. El elemento más destacado era el agua, que procedía de un manantial situado en las inmediaciones. El agua era dirigida por unos canales rectos y estrechos y desembocaba en un estanque perfectamente cuadrado flanqueado por azulejos color turquesa. En un extremo del estanque, un pabellón abovedado de dos pisos ofrecía un buen resguardo del sol.

Para llegar hasta allí tuvimos que viajar varias horas en coche desde Teherán, a través de un desierto triste, inhóspito y desolado, un paisaje de

pedras abrasadas por el sol y de barrancos quemados y retorcidos que se extendían sin fin hasta perderse en el horizonte. Hasta donde podíamos ver, no había campos de cultivo, ni árboles, ni siquiera matorrales ni vegetación de ningún tipo. Cualquier signo de vida parecía haber sido borrado, como quien dice por decreto. El primer ser humano habría podido, en pocos minutos, poner nombre a todas las criaturas que pudiera ver habiendo en ese mundo.

El persa antiguo tenía una palabra para designar un jardín cercado como el Bagh-e Fin: lo llamaban *paradaesa*. A través del griego, que tomó en préstamo este vocablo, deriva nuestro término «Paraíso». El jardín que vi en Kashan difícilmente habría podido ser el escenario de la creación de Adán y Eva, pero al menos pude imaginar cómo en medio de un terreno baldío y duro el sonido del agua borboteando a través de los canales y la vista de los grandes árboles habrían podido provocar admiración y euforia. Y por primera vez entendí plenamente la extravagancia hiperbólica del jardín del Génesis, en el que se situaba la cabecera de hasta cuatro grandes ríos. El narrador había echado mano a lo que de más precioso había en el mundo que lo rodeaba y a partir de ahí había formado un paisaje adecuado para los humanos más bienaventurados que cupiera imaginar. Ser expulsados de aquel espacio y arrojados al miserable desierto de sal que lo rodeaba por los cuatro costados habría sido el castigo más atroz.

El segundo de mis intentos de evocar el comienzo de la historia se produjo unos años antes en Wadi Rum, en Jordania, en un campamento de beduinos en el que pasé una noche con mi mujer y mi hijo. En el desierto hacía bastante frío en cuanto se ponía el sol, y después de tomar un sencillo refrigerio y escuchar un poco de música de laúd, nos dirigimos rápidamente a nuestra pequeña tienda y nos metimos a gatas bajo las mantas de lana. Pero como no podía ser de otra forma, después de beber tantas tazas de té azucarado, tuve que levantarme en medio de la noche y recorrer todo el campamento hasta llegar a la otra punta. Tiritando de frío encendí mi pequeña linterna y fui caminando por la arena; no había luna, el fuego y los faroles habían sido apagados, y todo el mundo dormía.

Cuando levanté la vista, contemplé un cielo de una vastedad increíble, verdaderamente imposible. No solo estaba cuajado de estrellas, sino que además irradiaba una extraña sensación de profundidad. Apagué la linterna, me senté en el suelo y me puse a mirar. A menudo he dormido al raso en lugares razonablemente alejados de cualquier asentamiento humano. Pero por distantes que estén, las ciudades arrojan una cantidad tremenda

de luz. Aquí no había luz alguna que interfiriera; solo la sensación de la pura inmensidad del universo, una infinidad de estrellas, y una necesidad, más apremiante incluso que los imperativos del cuerpo, de entender quiénes somos y de dónde venimos.

Mi tercer intento se remonta mucho más atrás en el tiempo, hasta un recuerdo de mi primera infancia. Estamos sentados, mi madre y yo, ante una pequeña mesa en nuestro piso del barrio de Roxbury, en Boston. Es verano, la ventana está abierta y, desde el cercano parque zoológico Franklin, podemos oír ocasionalmente el rugido de los leones y la algarrabía de las aves enjauladas. Mi madre está inventándose un cuento dedicado a mí solito. El protagonista tiene un nombre muy parecido al mío, aunque no idéntico. Se trata de un niño querido, feliz y protegido, al que se ha advertido estrictamente que solo hay una cosa que no puede hacer: no debe nunca, pero nunca, intentar cruzar solo la calle Seaver para ir al zoo cuyos sonidos tanto lo atraen. ¿Pero está escuchando...?

El ser humano hecho de barro se convirtió en un ser vivo, dice la Biblia, cuando Dios sopló en su nariz aliento de vida. Hay una poderosa verdad cifrada en esta escena mítica. En un momento dado, en un pasado inmensamente remoto, fue un aliento el que dio vida a Adán, el aliento de un narrador.